



## La profecía de *Humanae vitae* y la verdad del amor esponsal

Mons. Livio Melina

A distancia de más de 40 años de su publicación, se manifiesta con claridad, el carácter profético de la encíclica *Humanae vitae* del papa Pablo VI que, aún hoy, en la Iglesia y en la opinión pública, es “signo de contradicción”. Para comprender mejor su importancia histórica y su actualidad, debemos preguntarnos qué cosa está verdaderamente en juego en su enseñanza. En el momento en el que fue publicada, la mayor parte de los comentaristas pensó que se trataba tan sólo de una cuestión de moral conyugal, muy delicada para la vida de tantos esposos cristianos o, en todo caso, de un problema de moral social ligado al control de la natalidad frente al fantasma de la sobrepoblación. Se advertía, por otro lado, que la temática de la encíclica montiniana estaba impregnada de la problemática eclesiológica relativa a la interpretación de así llamado “aggiornamento” (o puesta al día) con el cual venía identificado el significado epocal del Concilio Vaticano II entonces apenas celebrado: ¿Era finalmente posible romper con una tradición normativa, que según algunos, parecía reflejar una milenaria minusvaloración de la sexualidad en ámbito cristiano? Diré inmediatamente mi tesis: *Humanae Vitae* se ha revelado como profecía de aquella verdad del amor que es fundamental para la vida de los hombres y de las mujeres.

### 1. Analfabetismo afectivo, pansexualismo y emergencia educactiva

Cuando hablamos de profecía, solemos pensar espontáneamente a una capacidad de previsión del futuro. Ahora bien, éste es sólo un as-

pecto de lo que en la Sagrada Escritura constituye la profecía. Profeta es el que, hablando en nombre de Dios, da en primer lugar un juicio sobre la situación que está viviendo e, invitando a la conversión, abre un camino de futuro. Antes de introducirnos en el mérito de *Humanae vitae*, quisiera describir brevemente alguno de los rasgos de la situación en la que vivimos. Y quisiera hacerlo a la luz de la preocupación que el Papa Benedicto XVI ha expresado recientemente como “emergencia educativa”. Desde un punto de vista estratégico, para comprender la cuestión antropológica, se ha mostrado crucial la educación al amor, especialmente el aprendizaje de su gramática y de su sintáxis.

Se ha empezado a hablar de “analfabetismo afectivo” difundido en las nuevas generaciones<sup>1</sup>. En una encuesta reciente llevada a cabo en noventa (90) escuelas en la zona de Southampton, Inglaterra, en una población de estudiantes que pertenecen a la clase media-baja, el cuarenta por ciento (40%) de los cuales viven en familias monoparentales, ha mostrado que estos chicos conocen como máximo una docena de palabras relativas a las emociones y a la afectividad. Son palabras escasamente diferenciadas, generalmente vulgares, que no dan lugar a sutilezas cuando se trata de definir el propio estado de ánimo o de comprender el del otro. El fenómeno es alarmante: la incapacidad de entrar en contacto con el mundo de las propias emociones implica de hecho una consecuente incapacidad de comunicar y establecer relaciones adecuadas con los demás.

Se podría decir que este nuevo tipo de analfabetismo, puesto de relieve por sociólogos y psicólogos, implica una incapacidad de leer y escribir. *Incapacidad de leer* las propias emociones y los propios sentimientos, lo que hace que se intente rechazarlos o que exploten de manera incontrolada; incapacidad de interpretar el propio mundo interior y de darle un sentido dentro de un marco general de significado. *Incapacidad de escribir* en la trama de la propia existencia y de la historia lo que se siente dentro de sí, permaneciendo silenciado o mal expresado, incomprensible e irrealizable.

El contexto de soledad, la falta de puntos de referencia con autoridad, de maestros, de historias narradas, de comunidades vividas, impide la interpretación de las emociones y de los afectos; impide el reconocimiento de un sentido que los califique y oriente. Sin vocabulario, sin gramática, sin maestros no se aprende a leer ni a escribir.

---

<sup>1</sup> Cf. A. OLIVEIRO, “Le nostre emozioni alla ricerca di un alfabeto”, en *Avvenire*, 1 marzo 2001.

Emerge así el problema decisivo para la formación de la persona, la necesidad de un marco de referencia interpretativo de la vivencia emotiva y afectiva, que pueda constituir un contexto de sentido capaz de integrar la experiencia, de hacerla comprensible y constructiva.

Para comprender las dimensiones del desafío actual, es necesario considerar que no estamos únicamente ante una ausencia de educación, sino también ante una estrategia subversiva que tiende a modificar la cultura a través de una manipulación del lenguaje. La emergencia educativa consistirá en ayudar a los jóvenes a encontrar de nuevo los significados constitutivos del lenguaje del cuerpo y del amor, mostrando la correspondencia de éstos con el “corazón” del hombre, es decir con ese conjunto de evidencias y exigencias originarias que constituyen la experiencia elemental<sup>2</sup>. Sólo así se puede evitar la deformación de las conciencias y el crecimiento de una verdadera libertad personal.

Por otro lado, asistimos hoy día a una paradoja. Mientas que toda la sociedad se encuentra invadida por lo que se ha llamado un “pansexualismo” invasivo, a menudo ocurre que sólo en la vida pastoral de la Iglesia se tiene dificultad para hablar de sexualidad, de manera que se deja a los fieles sin una palabra que les oriente, sin un anuncio ni un consejo. Se da una cierta timidez que conduce al silencio o que apela, no sin equívoco, al juicio de la conciencia individual. Aparece un complejo de culpa por un pasado reciente en el que se hablaba demasiado de estos temas, quizás con términos unilateralmente negativos. En esto influye ciertamente el peso del puritanismo, una corriente, de matriz protestante pero con gran influjo también en el catolicismo, que en los siglos XVII-XIX (diecisiete a diecinueve) condicionó el cristianismo europeo y norteamericano. Su espíritu fundamental se puede expresar mediante una serie de ecuaciones que proponen, en primer lugar, una identificación de Dios con la moral; después, entre la moral y las prohibiciones normativas; y, finalmente, entre estas prohibiciones morales y la represión sexual. De aquí resulta aquella identificación entre religión y represión sexual que aún hoy domina el imaginario público y que los medios de comunicación explotan cada vez que se quiere denigrar a la Iglesia y constreñirla al silencio.

En consecuencia, es muy urgente superar esta autocensura y este complejo de culpa. Esto sólo se puede llevar a cabo recuperando plena

---

<sup>2</sup> Cf. L. GIUSSANI, *Il rischio educativo*, Rizzoli, Milano 2005, 15-21.

conciencia del gran mensaje lleno de belleza que sobre el tema del amor humano y la sexualidad la Iglesia recibe de la Revelación. *Humanae vitae* ha sido profética precisamente por que ha anticipado un juicio claro sobre esta situación, y porque, dando testimonio de una verdad sobre el amor humano, ha abierto un camino hacia el futuro.

En esta intervención, quisiera recorrer el itinerario pastoral y doctrinal del Magisterio pontificio en estos cuarenta (40) años, marcados por la confrontación con un ambiente cultural que ha sufrido transformaciones radicales de las costumbres y de las mentalidades. Se trata del itinerario que va desde la profecía de *Humanae vitae* del Papa Pablo VI hasta la meditación teológica sobre el ágape de *Deus caritas est*, pasando por la teología del cuerpo propuesta por Juan Pablo II. De este modo, será claro el panorama completo de la teología del amor en la que se inserta el compromiso por educar a una sexualidad verdaderamente madura y a una paternidad y maternidad responsables.

## 2. La profecía de la encíclica *Humanae vitae*

El corazón de la enseñanza de *Humanae Vitae*, como ha sido eruditamente indicado, debe buscarse en el párrafo 12, dónde se afirma : « la inseparable conexión (*indissolubilis nexus*) que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador »<sup>3</sup>. Como se evidencia en esta formulación, y además por el contexto del párrafo, el fundamento doctrinal de la norma ética se sitúa a nivel del valor personal del acto conyugal y no del respecto de la simple fisiología. Se refiere a aquel sentido de «amor mutuo y verdadero» y a «su ordenación a la altísima vocación del hombre a la paternidad», que ha sido inscrito en el ser mismo del hombre y de la mujer por el Creador. Tal principio tiene un carácter así «profundamente racional y humano», que el Papa Pablo VI confía que sea accesible a los hombres de nuestro tiempo.

La Encíclica montiniana quiere ser, por tanto, una reivindicación de la dignidad personal de la sexualidad conyugal y de la procreación humana, que pueden salvaguardar su íntegro significado de amor a

---

<sup>3</sup> Entre los muchos comentarios teológicos que lo afirman es particularmente autorizado, en cuanto proveniente del consejero teológico personal de Pablo VI y porque tuvo un papel importante en la preparación del documento, señalamos el de C. COLOMBO, *L'insegnamento fondamentale di Humanae vitae*, Milano 1989, 411-412.

condición de respetar la íntima conexión entre la unidad de los cuerpos en la carne y la apertura a la trasmisión de la vida. De hecho, cuando la sexualidad humana viene intencionalmente separada de la procreación, pierde también su significado de don integral de sí y de acogida plena de la otra persona: la contracepción inocula, en el acto corpóreo de la recíproca donación entre el hombre y la mujer, el veneno de una mentira, que lo falsifica íntimamente, haciéndolo un donarse sin donarse totalmente, un acoger sin realmente hospedar. Se puede decir con verdad que un acto contraceptivo no es ya un acto conyugal: en su estructura intencional objetiva, no se diferencia de otras formas de actividad sexual destinadas a lograr sólo una satisfacción hedonista individual que es incapaz de construir una verdadera comunión personal.

Por otro lado, una procreación que no emana de un acto sexual conyugal asume el aspecto de una actividad técnico-productiva, regulada por la lógica de la eficacia de los medios respecto a los resultados deseados, en la cual, por lo mismo, no viene respetada la dignidad personal del hijo. Este último no es más acogido como un don que viene de un don, sino que viene más bien programado y producido como un objeto, sobre el cual se puede siempre ejercitar el poder de una verificación de su correspondencia con respecto al proyecto inicial. Se puede, por tanto, afirmar que la doctrina de la *Humanae vitae* es una defensa de la sexualidad como expresión verdadera del amor esponsal y, al mismo tiempo, es una defensa de la dimensión personal de la procreación humana.

Se coloca aquí la diferencia, ética y antropológica, del recurso a la abstinencia periódica para regular la natalidad con la ayuda de los métodos naturales. El objeto del juicio moral no son los “métodos naturales”, sino aquellas elecciones de abstinencia (y aquellos actos de ejercicio) de la sexualidad, cumplidas cuando existen serios motivos, valorados con discernimiento responsable por parte de los cónyuges, para evitar un nuevo embarazo. La abstinencia de las relaciones sexuales en los períodos fecundos de la mujer es un comportamiento que no niega la dinámica unitiva de la relación conyugal. Al contrario, expresa el misterio esponsal, pero en la forma consentida por la responsabilidad procreativa. Es un acto de realización personal y corpórea del amor, aunque sin la conjunción física. Los cónyuges pueden y deben encontrar otras posibilidades de expresión de su unión. Por otra parte, el ejercicio de la sexualidad durante los períodos infértiles de la

mujer no niega el significado procreativo de los actos sexuales conyugales, que vienen respetados en su dignidad y en su apertura intencional, aún cuando no posean una función biológica procreativa. Sea en el caso de la abstinencia que en el del ejercicio de la sexualidad, se trata por tanto de actos que son plenamente conformes a la virtud de la castidad conyugal y que expresan el amor sponsal.

Es interesante notar que la enseñanza de la *Humanae vitae* se coloca al alba de aquél vasto y complejo fenómeno cultural conocido bajo el nombre de “revolución sexual” y que ha llevado al actual clima de erotismo difuso. La revolución sexual<sup>4</sup> es el intento programado de separar el ejercicio de la sexualidad de la institución del matrimonio y de la perspectiva de la paternidad y de la maternidad. La difusión masiva de la contracepción hace posible la reivindicación de una sexualidad libre de lazos institucionales o incluso simplemente estables. Separado de los lazos naturales y tradicionales, al interno de los cuales encontraba su contexto de significado, el ejercicio de la sexualidad viene a asumir, como único punto de referencia y criterio de verificación, la “libido” sexual, la satisfacción del deseo individual.

Así, como último resultado de esta propensión, la sexualidad vienen separada incluso de la diferencia sexual entre el hombre y la mujer: ni siquiera el sexo natural debe ser un vínculo y una referencia, desde el momento en que el “género” viene entendido como una construcción cultural y, por tanto, también es considerado como objeto de una elección individual. La sexualidad “dúctil”, libre de cualquier atadura con la procreación, se convierte así en individualista: en la sociedad democrática se verifica un empuje hacia una epocal transformación de la intimidad<sup>5</sup>.

En vez de producir una auténtica liberación, la revolución sexual parece haber provocado más bien una obsesión sexual de masa. Se trata de una propuesta cultural que reduce la sexualidad a la genitalidad y la considera como un mero objeto de consumo, cuya complacencia, por parte del individuo, es en sí misma normal y buena. Es por tanto un intento radical de secularización de la sexualidad que, despojada de todo contenido de misterio y de trascendencia, pierde su más íntima

---

<sup>4</sup> El punto de referencia ideológico es la obra de W. REICH (1897-1957), *La rivoluzione sessuale*, Feltrinelli, Milano 1963 (orig. alemán: 1936); para descripción de fenómeno, véase: F. GIARDINI, *La rivoluzione sessuale*, Edizioni Paoline, Roma 1974.

<sup>5</sup> Cf. A. GIDDENS, *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid 1995. Traducción de Benito HERRERO AMARO, 183 pp. (orig. inglés: 1992).

aspiración –construir una comunión de personas–, y se convierte simplemente en ocasión de placer<sup>6</sup>. Pero la búsqueda del placer como fin en sí mismo, priva a la sexualidad de la promesa más secreta que la anima y que la hace auténticamente fascinante.

El carácter profético de *Humanae vitae* consiste precisamente en haber captado el punto crucial de un fenómeno de transformación de las usanzas sociales de toda una época. Yendo contracorriente con respecto a la mentalidad preponderante, la encíclica de Pablo VI ha afirmado el principio de una sexualidad que sea de verdad expresión del amor, como don personal, integral, capaz de construir una comunión auténtica y abierta a la vida. Como intentaré demostrar ahora, el sucesivo Magisterio de la Iglesia, con Juan Pablo II y Benedicto XVI, ha desarrollado la potencialidad de esta profecía, documentándola en una siempre más rica y articulada teología del amor.

### 3. La analogía del amor en Juan Pablo II: la cuestión antropológica

Ha sido justamente observado que Juan Pablo II, en su abundante magisterio sobre el tema, pero en particular en el ciclo de Catequesis de los miércoles de los primeros años de su pontificado, ha establecido una inseparable conexión entre la cuestión matrimonial y la cuestión antropológica<sup>7</sup>. En otras palabras: cuando se trata de amor conyugal, lo que está en juego es el hombre y la verdad de una concepción antropológica.

Esta tesis, desarrollada justamente en referencia a la *Humanae Vitae*, viene fundada mediante la elaboración de una verdadera y propia “teología del cuerpo”, que por primera vez expone en modo orgánico la visión que de la corporeidad humana emerge en la Revelación, interpelada a la luz de las experiencias humanas originarias. El cuerpo humano, caracterizado por la diferencia sexual, es “sacramento de la

---

<sup>6</sup> Cf. J. NORIEGA, *El destino del eros. Perspectivas de moral sexual*, Palabra, Madrid 2005.

<sup>7</sup> La afirmación es de C. CAFFARRA, *Prefazione*, a GIOVANNI PAOLO II, *Familia via Ecclesiae. Il Magistero di Papa Wojtyla sul matrimonio e la famiglia*, a cura di G. Grandis, Cantagalli, Siena 2006, 7-16. Las Catequesis de los miércoles han sido recogidas en italiano en: GIOVANNI PAOLO II, *Uomo e donna lo creò. Catechesi sull'amore umano*, Città Nuova – Libreria Editrice Vaticana, Roma 1985. Va señalada, por su rigor científico y por sus introducciones, la reciente edición en inglés: *Man and Woman He Created Them. A Theology of the Body*. Translation, Introduction, and Index by Michael Waldstein, Pauline, Boston 2006.

persona”: signo visible de una realidad invisible que nos constituye como sujetos únicos e irrepetibles<sup>8</sup>. El cuerpo, lejos de reducirse a la dimensión fisiológica estudiada por las ciencias empíricas, está permeado por la subjetividad. Es en el cuerpo donde el hombre descubre su irreducible diferencia respecto a los otros seres vivientes y experimenta, por lo mismo, en el mundo visible su soledad originaria y, al mismo tiempo, su llamada a la comunión en el encuentro con el cuerpo-persona de la mujer. Justamente así, se le revela la posibilidad de una experiencia singular de intimidad y la posibilidad de una reciprocidad única: el cuerpo manifiesta su significado nupcial.

Por esto, los gestos del cuerpo deben ser entendidos como signos de un lenguaje, que está llamado a expresar y realizar la comunión de amor de las personas, en el cual naturaleza y persona se entrelazan de manera indisoluble<sup>9</sup>. Para comprender el significado del lenguaje del cuerpo, hace falta, ante todo, colocarlo en el ámbito de la comunicación entre sujetos.

Se encuentran aquí implicados dos niveles de significado: uno perenne y otro único e irrepetible. El primero se refiere al “sentido objetivo”, del cual el cuerpo no es autor, y que ha sido «pronunciado por la palabra del Dios vivo»<sup>10</sup>; el segundo, de carácter “subjetivo”, es aquél del cual el hombre mismo es autor, mediante la necesaria y continua “re-lectura” de la verdad originaria. El papa observa que, en esta re-lectura, en realidad acontece la introducción de “algo más”: el hombre se convierte junto con Dios en “co-autor” en el lenguaje del cuerpo, asumiendo y consintiendo así a los significados originarios que son propios de la creación.

Aparece así en plena luz el significado positivo de la sexualidad humana y la dignidad del hombre, que es sujeto de amor justamente en la unidad de alma y de cuerpo que lo constituye<sup>11</sup>. En este sentido, si el significado del cuerpo es la llamada al don de sí y a la acogida del otro, condición de la plena realización de esta vocación es la autoposesión, que se realiza mediante la adquisición de las virtudes, en parti-

<sup>8</sup> GIOVANNI PAOLO II, *Uomo e donna*, cit., XIX, p. 90; LXXXVII, p. 345; a este respecto: J. MERECKI, “Il corpo, sacramento della persona”, in L. MELINA – S. GRYGIEL (a cura di), *Amare l’amore umano*, cit., pp. 173-185.

<sup>9</sup> GIOVANNI PAOLO II, *Uomo e donna*, cit., CIII, pp. 397-399.

<sup>10</sup> *Ibidem*, CIV e CV, pp. 400-405.

<sup>11</sup> Cf. G. MARENGO, “Legge naturale, corpo e libertà”, en L. MELINA – J. NORIEGA (a cura de), *Camminare nella luce. Prospettive della teologia morale a partire da “Veritatis splendor”*, Lateran University Press, Roma 2004, 631-641.

cular de la virtud de la castidad. Ésta va entendida no como la represión de las pasiones y de la afectividad, sino más bien como la virtud del amor verdadero: la fuerza interior que permite a las pulsiones y a las emociones de expresarse en el pleno respeto de la dignidad personal de la otra persona, realizando así una auténtica comunión de las personas en el acto de amor conyugal.

Resulta así que precisamente en sus límites y en su presuponer una maduración personal, los así llamados “métodos naturales” asumen un valor moral indirecto. Éstos no sustituyen a la persona de los cónyuges en su actuar. No manipulan artificialmente los significados del acto conyugal, sino que respetan el valor personal. Al exigir y promover la formación de necesarias disposiciones personales, se ponen al servicio del amor. En una de sus Catequesis sobre el amor humano, Juan Pablo II lo había afirmado:

El conocimiento mismo de los “ritmos de fecundidad” –aún cuando indispensable– no crea todavía esa libertad interior del don, que es de naturaleza explícitamente espiritual y depende de la madurez del hombre interior. Esta libertad supone una capacidad tal que dirija las reacciones sensuales y emotivas, que haga posible *la donación* de sí al otro “yo”, *a base de la posesión* madura del propio “yo” en su subjetividad corpórea y emotiva<sup>12</sup>.

La novedad de tal lenguaje y de tal acercamiento al tema de la sexualidad provocó un gran clamor en la opinión pública. Se trataba, de hecho, de una radical superación de aquél equívoco puritano que, como ya se ha dicho, había encarcelado durante siglos la moral sexual católica en una interpretación falsa y reductiva.

Se entiende la acusación de Nietzsche al cristianismo, que el papa Benedicto XVI ha evocado en su encíclica inaugural: el cristianismo habría dado de beber un veneno al eros, haciendo así amarga la cosa más bella de la vida<sup>13</sup>. Ahora bien, las Catequesis de Juan Pablo II limpiaron el camino de prejuicios y de acusaciones y abrieron la vía a un redescubrimiento del valor del cuerpo en el cristianismo. Como hemos observado: «con Juan Pablo II de repente se hizo algo hermoso el ser cristiano», precisamente porque se podía ver la conveniencia y

---

<sup>12</sup> JUAN PABLO II, Audiencia general, Miércoles 7 de noviembre de 1984. (Original en italiano, Giovanni Paolo II, *Uomo e donna*, cit., CXXX, 488).

<sup>13</sup> BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 3.

la correspondencia con aquello que los hombres y las mujeres desean más ardientemente en lo profundo de sus corazones.

Al mismo tiempo, venía superado el equívoco espiritualista que había caracterizado el personalismo y sugerido posturas divergentes respecto a *Humanae vitae*<sup>14</sup>. En dicho equívoco, ciertamente, la valoración de la relación interpersonal del amor, entendida como “fin primario” del acto conyugal, había llevado a una reducción del “fin procreativo”, entendiéndolo de modo meramente biologicista. En realidad, la perspectiva de la teología del cuerpo de Juan Pablo II, mientras que por un lado evidencia claramente la dignidad personal del acto conyugal, por otro lado, sabe reconocer en la apertura a la fecundidad un significado intrínseco de la misma donación personal, que no puede ser voluntariamente excluido sin minarle el valor íntegro. Se revela aquí la íntima indisoluble unidad de los tres factores que constituyen aquello que ha sido llamado “misterio nupcial”: la diferencia sexual, la unidad en la carne y la fecundidad<sup>15</sup>. Estos factores indican la gramática fundamental del amor, a partir de la cual, los hombres y las mujeres pueden componer, sin errores, el poema único y originalísimo de sus historias de amor, en la vida de pareja y de familia.

El término “misterio” sugiere una apertura última de la experiencia del amor humano. Tal término, de hecho, no indica lo que permanece oscuro y desconocido a la razón, sino más bien todo cuanto se revela de aquello que, en sí mismo, está más allá de las posibilidades de comprensión de la razón. Por tanto, es un revelarse en la modalidad del signo. ¿En qué sentido, por tanto, la experiencia del amor humano es mediación para una referencia analógica a Dios? ¿En qué modo esa experiencia es una vía para el conocimiento del Dios Creador?

Si consideramos el acto de amor, en él encontramos siempre la referencia de una persona que ama a otra que es amada, y que constituye en su orden un punto de referencia último e insuperable: la persona es amada por sí misma. Sin embargo, el dinamismo del amor que se dirige a la persona es él mismo, a su vez, englobado en una causal-

---

<sup>14</sup> Cf. G. MAZZOCATO, “Il dibattito tra Doms e neotomisti sull’indirizzo personalista”, en *Teologia* 31 (2006), 249-275.

<sup>15</sup> Cf. A. SCOLA, *Hombre-mujer : el misterio nupcial*, Encuentro, Madrid 2001. Original: *Il mistero nuziale. 1. Uomo-Donna*, Pul-Mursia, Roma 1998; 2. *Matrimonio-Famiglia*, Pul-Mursia, Roma 2000, traducción al español de Jesús Sanz Montes y Gabriel Richi Alberti.

dad precedente que lo supera<sup>16</sup>. Se trata del acto de amor originario, que abraza a toda la creación y la connota de una bondad radical, por el cual, vale la pena ser amada. Esto lleva a reconocer que el amor humano está precedido por un amor creador original, que se manifiesta en tal amor humano y lo hace posible.

#### 4. La vía de la caridad en Benedicto XVI: la cuestión teológica

La enseñanza del papa Benedicto XVI inicia precisamente desde este punto para desarrollar una penetrante teología del amor, a la cual dedica la encíclica inaugural de su pontificado. El amor constituye el centro mismo del anuncio cristiano: “Dios es amor”: no se trata de una idea filosófica, sino de la adhesión de fe a un evento histórico: “hemos creído al amor de Dios” (1Jn 4,16). Lo que caracteriza esta ulterior etapa del Magisterio es el subrayar la estrecha conexión entre la cuestión del amor con la cuestión teológica.

El papa sigue una indicación de San Agustín, que nunca ha sido tan actual como hoy día. El grande Padre de la Iglesia, siguiendo y comentando el salmo 41 con la inquietante pregunta: «Ellos me preguntan sin cesar: ¿Dónde está tu Dios?», ofrece una vía de respuesta: «Si ves la caridad, ves la Trinidad»<sup>17</sup>. La visibilidad del misterio íntimo de Dios uno y trino se hace posible por la vida de la caridad, que se actúa en la Iglesia. Así, en un mundo como el nuestro en el cual se va dramáticamente difundiendo una ceguera espiritual frente a la creación y una ceguera intelectual hacia las otras pruebas de la existencia de Dios, la cuestión de un amor auténtico, animado de la caridad infundida por el Espíritu Santo adquiere valor de testimonio hacia Dios.

La acción humana, que albergando al Espíritu divino origina la caridad vivida entre los hombres, representa un testimonio único de la gloria de Dios, una verdadera epifanía de su gloria entre los hombres<sup>18</sup>. En particular, el matrimonio y la familia cristiana adquieren un permanente significado sacramental para el mundo: justamente reali-

---

<sup>16</sup> Cf. L. MELINA – J. NORIEGA – J.J. PÉREZ-SOBA, *Caminar a la luz del amor. Los fundamentos de la moral cristiana*, Palabra, Madrid 2007.

<sup>17</sup> SAN AGUSTÍN, *De Trinitate*, VIII, 8, 12.14. Se vea: J. GRANADOS: «“Vides Trinitatem, si caritatem vides”»: vía del amor y Espíritu Santo en el “De Trinitate” de San Agustín», en *Revista Augustiniana* 43/130 (2002), 23-62.

<sup>18</sup> Me permito reenviar a mi volumen: L. MELINA, *Azione: epifania dell'amore. La morale cristiana oltre il moralismo e l'antimoralismo*, Cantagalli, Siena 2008.

zando una auténtica comunión de las personas en la caridad, son llamadas a dar testimonio de la presencia salvífica de Dios entre los hombres.

Esto implica que la transparencia del arquetipo es una condición necesaria para poder acceder al conocimiento del amor originario. La imagen divina en el hombre se actúa justamente cuando éste, en el amor, expresa la comunión de las personas unidas en el don fecundo de sí mismas. La analogía del amor (*ανά λόγος*: discurso que sube partiendo desde abajo) significa la semejanza en la siempre más grande semejanza: el amor humano consiente el acceso al amor divino que lo precede y que se le ofrece como luz y fuerza para actuarse según la verdad.

Al mismo tiempo es la *catalogía* (*κατά λόγος*: discurso que desciende desde lo alto) de la revelación del amor trinitario, en Cristo, que desvela al hombre el último significado del mismo amor humano: en el simbolismo del amor que Cristo Esposo tiene para la Iglesia su Esposa se pone de manifiesto el valor del amor conyugal como sacramento. Encontramos aquí una segunda afirmación clave de la encíclica del papa Ratzinger: «A la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo». La revelación de Dios en la historia de Israel, que culmina en Jesucristo, Hijo de Dios, manifiesta la dimensión definitiva del amor y al mismo tiempo abre la posibilidad al hombre de realizar el proyecto originario de Dios. «El modo de amar de Dios se convierte en la medida del amor humano»<sup>19</sup>. La verdad antropológica del amor conyugal que, en su estructura originaria, está constituida por la triple dimensión de diferencia sexual, don de sí y procreación, es icono creado del amor divino trinitario<sup>20</sup>.

Se estrecha así, en la interna unidad del evento cristiano, la pericóresis entre acto de fe en la revelación divina y práctica del amor, también y específicamente del amor conyugal en su verdad. El amor humano entre el hombre y la mujer tiene su verdad, su lenguaje, su gramática, que está fundada en último término en el proyecto originario de Dios, instituido en la creación y definitivamente revelado en Jesucristo. El respeto de la inseparable unidad entre significado unitivo

<sup>19</sup> Ibidem, n. 11.

<sup>20</sup> A. SCOLA, "Il mistero nuziale. Originarietà e fecondità", in *Anthropotes* XXIII/2 (2007). Para un desarrollo más sistemático del mismo autor, además de los dos volúmenes de la obra ya citada, véase: *Il mistero nuziale: una prospettiva di teologia sistematica*, Lateran University Press, Roma 2003.

y significado procreativo del acto conyugal forma parte de la gramática del amor, es decir, de aquél sistema de reglas que permiten la comunicación auténtica entre las personas. «Temo que mientras creamos en la gramática, continuaremos a creer en Dios», había afirmado Friedrich Nietzsche<sup>21</sup>. La verdad es el ineludible contexto que abraza intencionalmente todos nuestros discursos, también aquellos que buscan negarla, y está fundada últimamente en Dios. También la gramática del amor tiene su origen en el Dios creador y redentor: negarla significa oscurecer su rostro.

## Conclusión

«El cristianismo no es obra de persuasión, sino de grandeza»<sup>22</sup>. Con esta bella cita de san Ignacio de Antioquía, el papa Benedicto XVI indicaba a los obispos suizos el punto clave, en el cual reside, para él, el reto formidable de la nueva evangelización. La dificultad mayor, a la cual nos enfrentamos en la obra educativa, no es tanto el no hacerse entender, sino más bien, aquella de perder la grandeza inicial que el cristianismo propuso con estupor. Así, el cristianismo puede aparecer sólo como una serie fastidiosa de reglas y no como la vocación a realizar un poema de amor.

¿Qué es, en último análisis, lo que está en juego en la encíclica *Humanae vitae*? Era ésta la pregunta con la cual hemos iniciado. El rápido recorrido en el desarrollo del pensamiento teológico ligado al magisterio de Juan Pablo II y de Benedicto XVI ha mostrado que lo que está en juego no es una simple norma de moral sexual, que podría ser prácticamente eludida o fácilmente mutada en el futuro. Ha sido evidente que, a la cuestión de la sexualidad matrimonial, están vinculadas la cuestión antropológica y aquella teológica, precisamente porque todas estas temáticas están vinculadas al amor. Una vez más, se ha mostrado la íntima unidad orgánica de la verdad católica, en la cual, el todo está siempre implicado en el fragmento, del cual cobra significado y al que contribuye esencialmente. Por esto, no se puede separar la

---

<sup>21</sup> Citado en L. IRIGARAY, *Éthique de la différence*, cit., 109; la nota afirmación nietzschiana se encuentra en *Die "Vernunft" in der Philosophie*, 5. En este mismo sentido también JACQUES DERRIDA había afirmado que la época de los significados es esencialmente teológica y presupone a Dios (*De la grammatologie*, Minuit, Paris 1967, 41).

<sup>22</sup> SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Romanos*, III, 3, citada por BENEDICTO XVI, *Discurso conclusivo al encuentro con los obispos de Suiza*, 9 de noviembre de 2006.

verdad sobre Dios de aquella sobre el hombre; no se puede separar la fe que se profesa de la praxis de la vida cotidiana.

La ruptura del nexo íntimo entre sexualidad y apertura a la procreación es la expresión de un proceso de radical secularización del amor humano, que viene progresivamente dirigido a la dimensión utilitarista e individualista de una búsqueda del placer por sí mismo. Una búsqueda que, así presentada, experimenta una frustración cada vez mayor del deseo, e incluso un empobrecimiento del placer. La defensa del amor como “misterio” es, por tanto, al mismo tiempo una defensa de Dios y una defensa del hombre. En último análisis, es también una defensa del deseo e incluso del placer.

Por esto, la predicación integral de la verdad sobre el amor humano, enseñado por la *Humanae Vitae*, es parte integral de la evangelización y del empeño por construir una auténtica civilización del amor y una cultura de la familia<sup>23</sup>. La Iglesia, cuando enseña estas verdades, no lo hace porque esté obsesionada por la temática sexual, y si va contracorriente no es para reprimir, sino más bien para colaborar al gozo auténtico de los hombres y de las mujeres, indicándoles la vía del amor.

**Sumario:** *Monseñor Melina explicó, desde el punto de vista de la Encíclica “Humanae Vitae”, la función trascendental que tiene el ser humano en la relación conyugal, otorgándole un valor dignificante a la donación esponsal a través de la complementariedad del cuerpo humano en la unión unitiva y procreativa del hombre y la mujer. La Encíclica fue escrita por el Papa Pablo VI y fue publicada el 25 de julio de 1968. Este documento pontificio da a conocer la postura de la Iglesia católica respecto a ciertos temas que a lo largo de la historia han generado mucha controversia por la diversidad de puntos de vista que las leyes y la ciencia han tomado en cuanto a su implicación teórica y práctica. El ser humano debe estar consciente que desde el momento de su concepción, se le ha otorgado una naturaleza humana de la cual no puede prescindir. Es en esta facultad intrínseca donde el hombre ejerce su sexualidad de una forma libre pero sobre todo responsable, llevándola a plenitud en el sacramento del matrimonio donde su naturaleza trasciende para dar vida a un nuevo ser, por tal motivo cualquier acto sexual que se dé dentro de la relación conyugal debe estar abierto a la vida.*

**Palabras clave:** Encíclica “Humanae Vitae”, matrimonio, familia.

**Key words:** encyclical “Humanae Vitae”, dignity of Christian marriage, family life.

---

<sup>23</sup> Al respecto: C. ANDERSON, *A Civilization of Love. What Every Catholic Can Do to Transform the World*, Harper One, New York 2008; L. MELINA, *Por una cultura de la familia. El lenguaje del amor*, Edicep, Valencia 2009.

